

...POR ESE CUERPO JUSTO, OSCURO, FINO Y JOVEN.

EL CUERPO MASCULINO EN LA POESÍA DE LUIS ANTONIO DE VILLENA

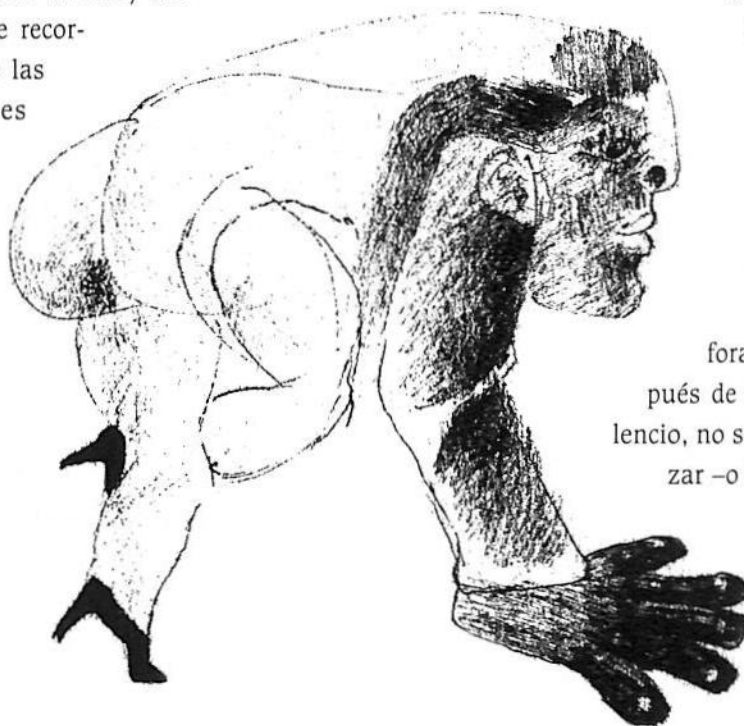
...Seducimos
con la imagen de un cuerpo adolescente.
Invitarnos, herirnos, ofrecernos el callejón
malvado, el tango dulce en que perdernos,
y sentir como nunca, [...]
...del pasar terrible de la vida...

LUIS ANTONIO DE VILLENA

El cuerpo humano ha sido frecuentemente representado a través de los distintos lenguajes (la imagen plástica: pintura, escultura, fotografía...; la palabra: literatura, discursos teóricos, plegarias religiosas...; la imagen cinematográfica...) confiriéndole un valor, una significación, una carga simbólica. Esta ya inmensa iconografía de cuerpos esculpidos, descritos, fotografiados, filmados, parcial o totalmente, reales o como producto de la fantasía, directa o de manera encubierta, vestidos o desnudos, son, finalmente, representaciones de la realidad, pero también del deseo. Son lo que muestran pero también lo que ocultan. Son el objeto en sí; pero también el objeto de la mirada, de la mirada del otro: el objeto para el otro: ese otro que lo recrea pintándolo, describiéndolo, cantándolo, pero también del espectador, del lector, del perverso mirón que puede poseerlo, acariciarlo y "sentir como nunca" la agonía y el éxtasis.

¿Erotismo o pornografía? ¿Sagrado o profano? ¿Vicio o virtud? ¿Objeto o sujeto? ¿Público o privado? Cualquier opción es falsa y/o verdadera: no reside en el cuerpo sino en los sentidos o sinsentidos de quien lo percibe. El cuerpo o los cuerpos constituyen toda una geografía para ir por ellos como por el mundo: mirar cúpulas, valles, lomas, hondonadas, obeliscos, columnas, museos, ventanas, arquitecturas...; degustar lo dulce, lo amargo, lo salado, lo sólido y lo líquido...; percibir los aromas, deleitarse con las texturas, escuchar los sonidos que de ellos emanan. El cuerpo o los cuerpos son una realidad y su representación, una necesidad, un vicio, un placer, un castigo; un tango, una rumba, una sinfonía. Cada quien percibe el cuerpo del otro o su propio cuerpo según su propia necesidad, su propia visión de mundo, su propia capacidad de otorgarle una categoría, una verdad, una probabilidad de su –ambigua doble carga– propia existencia o existencia del otro.

Con la aparición del feminismo o los posteriores estudios de género, se planteó como lo anota Frances Borzello que “siempre que vemos imágenes de mujeres pintadas, dibujadas, esculpidas o fotografiadas, es, para *nosotras* (el subrayado es mío) importante recordar que las imágenes



de la mujer han estado tradicionalmente en propiedad del hombre” (Puppo, 1998: 57). Para María de Jesús Salinero Cascante (Azpeitia y otros, 2001: 41) “se trata del cuerpo fascinante y lascivo que seduce y que hechiza, del cuerpo cuyo atractivo irresistible lo convierte en el reclamo para el goce de los sentidos, aunque la inflexión negativa de lo ético lo convierte también en objeto de tentación (la tentación de la carne) y de pecado.” Y agrega: “Por su armonía, el cuerpo femenino (*le beau sexe*) se ha prestado más que el masculino a la plasticidad y a la recreación.” La negativa a aceptar la utilización, la reproducción, de la mujer-objeto, del fetiche para el *voyeur*, ha sido finalmente como lo apunta Marta Azpeitia Gimeno (2001: 245): “El cuerpo tumba o sepultura, cárcel, máquina, reloj, campo de batalla de fuerzas contrapuestas, superficie de inscripción, texto, libro, fábrica, mapa o cartografía, inspirándose en la sospecha nietzscheana de que tal vez eso que llamamos verdad no sea más que un ejército de metáforas”.

Ejército de metáforas que la mujer, después de tantos siglos de silencio, no se ha permitido utilizar –o lo ha hecho tímidamente; excepto, creo, las cineastas francesas– para describir al hombre, al cuerpo mascu-

lino, a ese que sería, tendría que ser, uno de sus indiscutibles e ineludibles objetos claros u oscuros del deseo. Y aunque cada vez más el cuerpo masculino compite con el femenino en su multirrepresentación, en los terrenos del arte y de la mercadotecnia; en la literatura siguen siendo los hombres, los hombres gay, quienes han tomado la delantera. El cuerpo masculino, el erotismo cargado hacia ese cuerpo que poco a poco ha ido develándose, descubriéndose, desnudándose. De igual manera, los pronunciamientos en contra no se han hecho esperar, sobre todo por las estudiosas de género, llamándola literatura falocrática, falolátrica, falocentrista: el hombre, ahora, dominado por el hombre. La mirada masculina fetichizando su imagen en el espejo: la búsqueda del otro, la búsqueda de sí mismo: Narciso sale del closet para meterse en el espejo.

Frente al puritanismo impuesto por las oscurantistas razones de esa moral imperante durante más de veinte siglos; a partir de las dos últimas décadas del recién fallecido Veinte, se produce un extraordinario destape. Las plumas se aventuran por otros caminos: se toma conciencia de poseer un cuerpo y éste un sexo y éste un deseo, una erección, una elección. El arte será la manifestación de todas esas formas, de todas esas producciones-recepciones estéticas. Sin ambages ni tapujos, el culto al cuerpo traerá como consecuencia el auge de un arte fálico en concordancia con la equidad de géneros. Ya no será sólo la mujer ese objeto visual libremente

ofrecido a todas las miradas; la imagen masculina será, ahora, reproducida a diestra y siniestra, indudablemente, en igualdad de circunstancias; pero, pro-



bablemente, en desigual batalla, entrarán en competencia el mundo poético femenino y la literatura homoeorótica.

Luis An-

tonio de Villena será uno de los puntales de esta última. Con valentía y sin pudor, reivindicará las maravillas del hedonismo de su propio cuerpo y el del otro, "cuerpo" que profusamente se nombra, aparece, desaparece, reaparece: jóvenes en la plenitud de su piel amada, multitudinariamente "cuerpo" o "Belleza", así con mayúscula sinonimiza esa ley del deseo del perverso o pervertido ángel de Sodoma. Alexis, Nasib o cualquier Ganimedes en el que "encuentre (y conozca) (un) cuerpo verdadero":

La Belleza de un cuerpo moreno y alargado, impecable y muy joven, que sonríe y habla como de magia envuelto, y para quien todo acto y todo gesto—el servirte también whisky con hielo—es un acorde exacto de ternura y de fuerza. Es un intenso fuego y es una flor suave.
Formosum pastor Corydon ardebat Alexim.

Luis Antonio de Villena, escritor español nacido en Madrid en 1951, es ampliamente conocido por sus publicaciones que incluyen poesía, cuentos, novelas, ensayos, notas periodísticas. En su país, además, por sus constantes apariciones en los medios de comunicación. Uno de sus más recientes libros, *Amores iguales. Antología de la poesía gay y lesbica*, voluminoso libro que reúne poesía homoerótica escrita desde el clasicismo griego hasta nuestros días, muestra la importancia de Villena en la cultura hispánica, además de su valor —ético y estético— como creador. Él mismo se incluye, para ocupar un lugar relevante al lado de compatriotas suyos como García Lorca, Cernuda, Gil-Albert, Gil de Biedma, Leopoldo Alas y muchos más: españoles, europeos, latinoamericanos; de la antigüedad clásica, el Renacimiento, el siglo XX; hombres y mujeres, para celebrar con la palabra el amor por el otro, por la otra, igual a sí mismo, a sí misma; para cantar como dice Cavafis, “el placer a un cuerpo amado”.

José Olivo Jiménez (1988: 23) señala que en la poesía de Villena están unidas “de indisoluble modo, la experiencia (el placer) del cuerpo y la experiencia (el placer) de la palabra”: “La palabra es el signo del cuerpo”, escribe Villena. Cabe aclarar que es el cuerpo masculino metaforizado,

revisitado con imágenes y símbolos que semantizan esa relación cuerpo/palabra fusionándose en un coito

plurisignificativo. El cuerpo del hombre y su belleza recuperará esos antiguos mitos para darle presencia al yo lírico, al poeta que expresa su experiencia vital de reencontro, sin los travestismos que se vieron obligados a utilizar otros autores. Aquí la palabra adquiere su verdadero sentido. Sólo así podrá entregar al lector la experiencia de Miguel, el personaje de su poema “Cenando en el Ritz”, cuando “exhibe su cuerpo, marca su fuerza”, y al mismo tiempo “comenta la dulzura que es de oro y de basalto oscuro”.

Pero Villena reconoce que no sólo son la juvenil belleza de Narciso y la exuberante presencia de Apolo, porque el tiempo implacable pasa y deja sus huellas. Allí, mientras Miguel luce su puntual anatomía y danza, “el viejo ve saltar a Miguel, le mira desde la mesa donde han bebido juntos”.

¿Qué es el viejo para Miguel?

Decorado de un recuerdo,

papaito de azúcar

[...]

y Miguel vuela hacia el techo

angélico y desnudo,

joven y dorado como todos los reinos de la

[púrpura

[...]

Al viejo le resta la neurosis

—la tibia tristeza de su lámpara—

la angustia que está vacía y pesa,

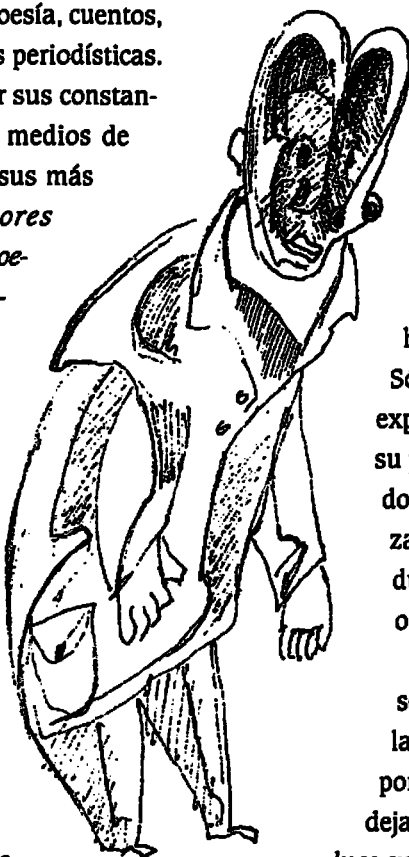
y un libro, un libro entre las manos,

que canta —hermosa y reiteradamente—

un orbe juvenil,

un lejano paraíso

de espadas y bellezas.



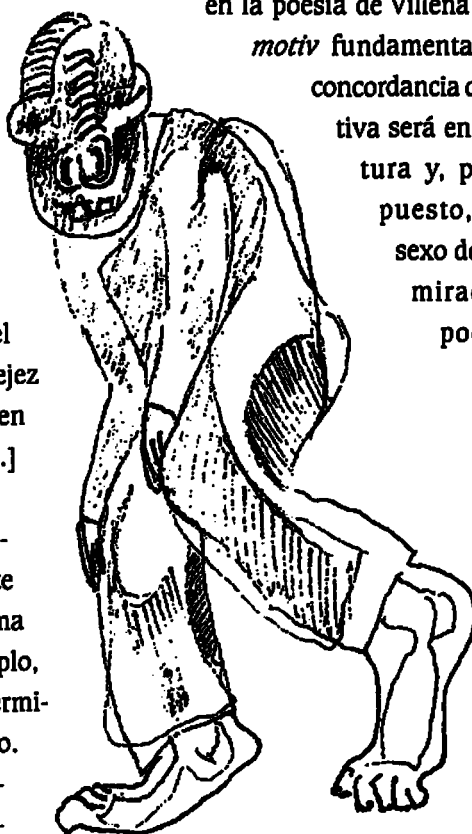
En "La tarde dichosa", el yo lírico observa dos bellos jóvenes: "uno es/ frágil y esbelto", el otro, "un leve atleta, con los músculos tensos,/ y alguna gallardía, rondando los dieciocho". Mientras él en "esa edad de libros y de escasos placeres" al no poder ser uno de ellos, y por tanto entregarse a ninguno de esos dos mancebos, se conduce: "y es otra cosa más que el Tiempo me adeuda". ¿Viejo o niño? ¿Quién lo sabe? Para uno ya pasó el tiempo, para el otro quién sabe que le deparará el destino. Villena le canta al cuerpo joven, al adolescente Narciso; pero también a Apolo, arquetipo ideal de la belleza masculina para los griegos. O Heracles como lo llama Juan Gil-Albert. En su ensayo *Heracles*, Gil-Albert nos habla de la "imagen ideal del hombre griego. Hércules se casa, ama a las mujeres y, lógicamente, tiene también amores con hombres jóvenes. Heracles [...] amó a Hylas, su joven primo, y mantuvo con él un amor apasionado hasta que el joven lo abandonó para seguir el amor de las mujeres. Heracles [...] ha conocido la derrota del abandono amoroso. Si todo héroe encarna la hipermasculinidad, Heracles está en el extremo." (Gil-Albert, 2001: 15). Al contrario de Cernuda —en uno de sus poemas escribe: "mano de viejo mancha / el cuerpo juvenil"; y de Luis Antonio de Villena con sus héroes adolescentes, Gil-Albert festeja al poeta anciano y su amor por los jóvenes o el deber pederástico de iniciar al púber, según la experiencia de la relación filica en la Grecia clásica. Gil-Albert en su poema "Anacreonte o el enamorado" transmuta un homenaje a la vejez en un emblema del amor: "el permanente joven sin torturas, el corazón no cesa de decirse[...] amor, amor, amor, amor, amor."

Luis Antonio de Villena alude constantemente al cuerpo, llamándole simple y sencillamente "cuerpo", en su totalidad; pero igualmente retoma con asiduidad algunas de sus partes. Por ejemplo, la cabeza y, como parte de ella, el rostro le permiten glosar la belleza del amado, del deseado. De la Belleza, término adjudicado a esos adolescentes maravillosos que saltan, se desnuden,

caminan, se muestran, se prostituyen, se acuestan o recuestan. Toda una galería de cuerpos a la disposición de "la mano que se atreve", de la mirada, del otro —aunque ese otro no sea el de la voz, sino otro igual de joven u otro, un viejo que ha comprado los placeres de la carne.

El rostro, de igual manera, es los ojos, la boca, los labios, los dientes, los cabellos. Como el cuerpo es las extremidades, brazos y piernas, por supuesto manos y pies; el torso y la espalda ocupan preponderante lugar en igual armonía para el goce, para el deleite, para dejar fluir las fantasías del universo al que se aspira. Y en ellos, en esos cuerpos fragmentados, la prevalencia del músculo —importante sobre todo en estos tiempos en los que el cultivo del cuerpo resaltan el cuerpo de gimnasio, de *stripper*, el abdomen de lavadero— ocupará

en la poesía de Villena un *leit motiv* fundamental, y en concordancia descriptiva será en la cintura y, por supuesto, en el sexo donde la mirada del poeta se



extasíe para comunicar un mensaje retórico, sexualmente movilizador.

Los cuerpos desfilan en la poesía de Villena como correlatos de los otros cuerpos que en el mundo literario han sido. Sin embargo, no le es posible evadirse de sus preferencias, de su cultura, del mundo que lo inspira. Así, la visión grecolatina se cuela visiblemente. En *Hymnica*, el poeta descubre, entre la música, el humo del cigarro y las luces de una discoteca a un rostro seductor:

Entonces allí entre el fragor, la oscuridad,
los cuerpos que giraban y las oblicuas luces
del ámbito de noche, vi aparecer aquellos
hermosos rizos negros de intonsa resta griega

En "Ómnibus de estética", mientras recorre el camino, la mirada del poeta se deja llevar por la ensoñación y el deseo impregnado de los humores propios de una tarde calurosa. Primero: "Observa el lunar, y el lunar
ola radiante

me lleva/ a la
de la pesta-
ña a [...]",
pero más



adelante, mientras "crece en la mente, como el mar, el deseo":

Alguien se sienta ahora muy cerca.
El brazo abandonado, como abanico
antiguo. A un lado los libros que deja
la fatiga. La mano incide en la pierna,
un momento, en el cuello después,
esbelto. La piel adolescente brilla como
un escudo de bronce. ¡Homéricos

[guerreros!

Pero como el deseo es instinto, el cuerpo animalizado o vegetalizado ("llanuras prodigiosas", "los cuerpos vibran como juncos espléndidos, cruzan, vegetales, por tus ojos") conlleva una carga erótica imposible de evadir. En su "Tratado de Narcisos", Villena reconoce en la hermosura de un adolescente toda esa carga de animal en celo:

Y tu cuerpo oscuro, joven, tenso, se
ha estirado como un felino ardiente,
de pie, sobre la cama, como invocando
tórridas lluvias

O en "Belleza indiferente":

¿Qué pretendes con tu juventud,
tu hermosísimo cuerpo bruno,
que evoca al joven jaguar en
selvas tropicales?

Uno de los tópicos de la belleza femenina fue el cabello, en él se asienta una fuerte carga sexual, ese atractivo eléctrizante en el que es fácil enredarse. Por tal motivo, en algunas culturas está prohibido mostrarlo. En nuestra literatura ha sido el símbolo de la actitud de la mujer sobre su libre albedrío: peinado o despeinado, cubierto o descubierto, atado en rígidas trenzas o danzante al ritmo del viento, dorados o rubios, negros u oscuros; los poetas no se han cansado de glosarlo. En la imaginería gay, el cabello ha cobrado la misma importancia e igual-

mente la misma carga simbólica, la misma fuerza erótica. Luis de Villena se siente atraído por los jóvenes imberbes; pero no deja de cautivarle la abundancia de cabello, con esto la textura ("la textura del pelo adolescente" dice en uno de los textos de *Hymnica*); su forma ("rizada o en lacia melena", "el negro cabello lentamente cayendo / por la frente"); su color, negro o rubio, claro u oscuro, qué importa, de todos modos atrapan el peine de la mirada, de los fantasmales dedos masajeando, besando, jugueteando, enredándose en ellos. Como un tópico frecuente, esos púberes de dieciséis o diecisiete años luci-



rán toda esa carga instintiva, animal donde lucirán "la maraña selvática del pelo".

Otro elemento inherente al cabello es su movimiento. El pelo revuelto por el aire es una invitación para que las manos del amante lo repeinen o lo despeinen, para que los dedos se entrelacen y jueguen en ese encuentro que anticipa otras penetraciones. El cabello aparecerá acariciado por "el aire (se deleita) en tu cabello negro" y también en "el oro de algún vello, fulgurante". Aunque, el rostro adolescente, para Villena, resulta más hermoso sin vello alguno; sin duda, el vello en el cuerpo masculino acentúa su belleza, impone su masculinidad. La belleza andrógina del adolescente, se cargará de la fuerza ya adivinada en el gesto retador, en la mostración del excitante vello púbico, "los vellos vegetales con su perfume dulce".

En los rostros deseados serán ojos, boca, labios, dientes el imán de su atractivo. En profusión de imágenes, esos "ojos que dan pánico soñar", como escribiera Shakespeare, serán atrapados en todo su esplendor: color, forma, mirada: "los grandes ojos verdes", "Ojos grandes, como con dulzura a medias"; "tus ojos/ negros cantaban una canción de antiguo afecto"; pero sobre todo, los ojos son la mirada:

y hay un tremor en las miradas
que es como una flor abierta en todo el
cuerpo [...]

[...] las pupilas se tornan levemente
amarillo, cree oír sutil música, se siente
caído, derrotado, muerto, ansioso.

Un extraño calor, todo un volar de flores
Porque esos ojos son la mirada del otro, pero también la propia. Son el deseo que se atrapa en las pestañas para celebrar el primer encuentro, el anticipo de lo que podría suceder, pues es "como una flor abierta en todo el cuerpo":

¿Obsesión? Es cierto que no puedo mirar un cuerpo
hermoso, sin fijar bien la vista. Ciertamente nada
me exalta más que verlo moverse, indolente y grácil,
[...]

Y cierto, también que nada me excita tanto como,
en un día de sol, pensar que amo y gozo y veo

Ver y ser visto: allí los cuerpos se encuentran, se desnudan, se abren a la imaginación, a la fantasía. Qué importan si no se da el encuentro. Finalmente, a veces, los mejores orgasmos se consiguen cohabitando con la sombra de ese bien esquivo, de esa imagen del hechizo que más deseamos, porque allí como a Villena nos obsesionan “los frutos de la carne, la belleza y el sexo”.

Aunque, la oralidad también es primordial. La boca, los labios, los dientes: besar, morder, chupar. Allí radica el sentido del gusto. El intercambio lingual, los líquidos que se entremezclan, la batalla de dos poderosas espadas que anticipan y a veces sustituyen el acto amoroso. Boca, labios, dientes han sido isotopías que cruzan toda la historia de la literatura: besar, decir, comer, beber. Todo acto amoroso incluye estos cuatro verbos, aunque Sabines diga que “no se puede decir el amor” porque el amor se muerde como un beso; también es cierto que la paronimia comer/coger constituye parte del ritual himeneico. No en vano, Villena ve los labios como “los labios del abismo”. En su poema “Labios bellos, ámbar suave” semantiza algunas de sus posibilidades: “Con sólo verte una vez te otorgué un nombre”; decirte, nombrarte ya es poseerte. “levanté una bella historia humana”: el acto de la escritura es, asimismo, una forma de nombrar al amado, de dejar constancia de su existencia. Dice más adelante “poseí tu cuerpo/ tan dulce en el estío”. En esta posesión, lo sensorial “dulce” nos remite al gusto: te saboreé, te comí, te recorrí con mi boca, mis labios, mi lengua. En “Badí”, el cuerpo amado también se relaciona con lo dulce: “píxide de confituras y de guindas”.

En ese periplo de la mirada, del beso, de saborear las mieles, las pieles ofrecidas, será el cuello el camino que nos conduzca al pecho o a la espalda, ésta a las nalgas y, por conexión lógica aunque también mínimamente, al ano. “Voluptuosidad en un madrigal” de *Hymnica*, en una puntual anatomía conduce a la lujuria:

Aunque sé que tu tersa
piel, berilo prodigioso
por la sábana, fino cabello
negro, ano y sexo dispuesto,
ha adornado más de una vez,
la cama lujuriosa de los viejos.

En “Hustler”, la figura de este buscón corresponde a la actitud abierta, agresiva, de animal en venta, ya paseándose en un contoneo que invita



al himeneo ya “echado en el sillón, como cansado, vegetal”, todo en él invita al acercamiento, al juego erótico: “el sol se deleita en tu piel/ de

bronce"; El agua "amará tus brazos alargados y tus piernas esbeltas". Villena hace una apología a la sensualidad, al *laissez-faire* o el dejarse ir, estar allí simplemente en esa actitud sexual, dispuesta al placer, aunque no sea el propio, sino el del otro, sin ataduras ni convenciones institucionalizadas o legalizadas en nombre del único amor permitido. El



sexo en Villena viene a significarse como paladín de un supremo acto de libertad. En su poemario *Asuntos de delirio*, Villena plantea: "quiere te-

ner algo de alucinación y mucho de pensamiento lírico. Pensar en imágenes, entes locos, hermosos, disipados, príncipes alternos, reinas nocturnas, modelos de Bruce Weber". Concluye su "Reflexión final" con la frase "El solo sentido de la vida", aire de libertad, de disidencia, de hedonismo puro que fluye en toda su poesía. Una de las isotopías que se desprende del texto es el de la prostitución masculina, la presencia de esos cuerpos en venta o en renta como una metáfora de la dicha, de la felicidad, del gozo, del derecho de venderse o el de cumplirse las ganas de satisfacer un deseo:

Hablan de prácticas de amor. También de asuntos de comercio.

Dieciséis, tal vez diecisiete años. Magníficos y bellos.
La noche alrededor deja caer su luz, su música vacía.
No hay rencor en la voz ni en el gesto. Sólo curiosidades
y entusiasmo. Necesarias son las monedas para vivir,
pero el cuerpo se incendia muchas horas de júbilos
vedados.

Después de todo, el "Amor en tiempos sombríos", texto ineludible de *Asuntos de delirio*, nos señala que "fenecerá este mundo, extenuado", por eso incorporar a la fuerza laboral el cuerpo de un muchacho perdido, "marchoso", en las "cuevas de billares de rock, / antros de cervezas y sortijas de plata, botas rudas" ofreciéndole

Quiero que me acompañes,
Bur, y puedes ganarte quince talegos.
Y enrojeció su pelo en lo hondo del parque.
Y le tiznó el cuerpo desnudado de verde
y con un spray le aguzó el pene incandescente
[...]

Era una imagen dorada en el ocaso, una imagen joven de carne salvaje y de carne limpia
Ante esta imagen del "nictálope sátiro", la voz lírica presiente "la ebria edad de Pan, libérrima" y arrobado, no dudará en sentenciar: "Algún día matará". Villena como homosexual, como gay comprometido, plantea en *Amores iguales* que

la historia de la homosexualidad [...] empieza por un insulto. Su mundo, su reaparición, su cultura, será consiguientemente la recuperación

del prestigio [...]. Es obvio que la historia de la homosexualidad –del deseo homosexual– es la historia de un rechazo, de una afrenta y de un silencio, y la cultura –sobre todo la literatura homosexual– sería entonces el espacio, la lucha en muchas ocasiones, para romper la opacidad, el interdicto y sobre todo el silencio bajo el cual –condenados– han padecido tantísimos seres.

En la poesía de Villena se adivina ese juego para decir lo que durante mucho tiempo se obligó a callar. En él hay un juego donde la ironía deja correr mucha tinta. La transgresión cobra carta de naturaleza para dejar asentado, como lo hizo Salvador Novo en “Junto a tu cuerpo”, como “este cuerpo tuyo es un dios extraño/ forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo”. De esta manera, podemos concluir con un texto de Luis Antonio de Villena, ese “engañoso colorido”, nuestra celebrada Décima Musa *dixit*, se asienta en los siguientes versos de “La muerte únicamente”:

Ya que el más alto amor es imposible.
Ya que no existe el alma pura convertida en cuerpo.
Ya que el instante detenido
(¡oh, párate un momento, eres tan bello!)
no es más que un grato sueño de la literatura.

De la solapa de *Amores iguales. Antología de poesía gay y lesbica*, selección, edición y prólogo de Luis Antonio de Villena, recogemos algunos datos de su biografía: nació en 1951 y publicó su primer libro de poemas en 1971. Por su poemario *Huir del invierno* recibió el Premio de la Crítica de 1988. Su obra lírica se encuentra reunida en *La belleza impura (poesía 1970-1989)*, *Asuntos de delirio (1989-1996)*, *Celebraciones del libertino (1998)* fue galardo-

nado con el XIX Premio de poesía Ciudad de Melilla. Entre sus libros de narrativa, *Amor pasión*, *En el invierno romano*, *Chicos. Fuera del mundo*, *Divino*, *El burdel de Lord Byron*, *Fácil*, *El charlatán crepuscular*, *Madrid ha muerto*, *Pensamientos mortales de una dama*. Entre sus ensayos destacan *El libro de las perversiones*, *Leonardo da Vinci*, *Carne y tiempo*. *Lectura e inquisiciones sobre Constantino Kavafis*, *Biografía del fracaso*, *El ángel de la frivolidad y su máscara oscura*, *Caravaggio exquisito y violento*, *El mal mundo*, *Wilde total*. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Azpeitia, M. y otros (2002), *Piel que habla*, España, Icaria.
- Gil-Albert, Juan, *Heracles*, España, Pre-textos.
- Olivo Jiménez, José (1988), *Luis Antonio de Villena. Poesía 1970-1984*, España, Visor.
- Puppo, Flavia (1998), *Mercado de deseos*, Argentina, La marca.
- Villena, Luis Antonio de (1996), *La belleza impura*, España, Visor.
- ____ (1996), *Asuntos de delirio-1989-1996*, España, Visor.
- ____ (2002) *Amores iguales. Antología de la poesía gay y lesbica*, España, La esfera de los libros.